

EDUARDO ANTONIO PARRA

LAS MUDANZAS Y LOS LIBROS

Conforme transcurren los años y se acumula la edad, cambiar de domicilio deja de ser un acto simple para convertirse en un ejercicio arduo que implica un verdadero balance de la existencia y un volver a empezar, no de cero, pero sí desde muy al principio. No importa cuántas veces nos hayamos mudado, ni las distancias que hubo entre una residencia y otra en el pasado, cada vez resultan más difíciles tanto el movimiento como la adaptación al nuevo sitio. ¿Se deberá al desgaste? ¿A la cantidad de cosas acumuladas con el tiempo? ¿O a una fatiga existencial que nos empuja a ser cada vez más sedentarios? En mi caso, ¿a la cantidad de libros?

Cuando era niño, mis padres comenzaron con las mudanzas familiares incluso desde antes de que yo adquiriera uso de razón. A mis dos años de edad dejamos el primer lugar donde viví, Celaya, para migrar a una ciudad no tan lejana, Irapuato. Por supuesto, no conservo recuerdos de esa mudanza, pero sí de la siguiente, que implicó un cambio radical de región, de clima, del carácter de la gente que me rodeaba: fue al norte del país,

a Linares, Nuevo León. De ese traslado guardo memorias alegres: tras haber vivido en un pequeño departamento, la familia cayó en una casa grande, con un jardín inmenso (o así lo veía yo a los cuatro años) y árboles frutales que llenaban el aire de aromas deliciosos. Un espacio donde fuimos felices durante seis años. Luego, hubo que volver a movernos.

Todos los traslados durante mi infancia y adolescencia obedecieron al mismo moti-

vo: el trabajo de mi padre. Era funcionario bancario y cada cambio de ciudad significaba un ascenso en el organigrama de su institución, por lo que si en los adultos, había tristeza por abandonar un sitio donde se la habían pasado bien, también había satisfacción profesional al saber que en el nuevo destino nos aguardaba un mejor status. Así pasamos de Linares a Monterrey, de ahí a Nuevo Laredo, y otra vez a Monterrey. Y cuando, a mis

dieciocho años de edad, mi padre anunció que su nuevo destino era Ciudad Juárez, ya no los acompañé porque empezaba a estudiar la carrera de Letras. Me quedé en Monterrey y experimenté cambiarme varias veces de casa dentro de la misma urbe.

No importaba. En ese entonces mis cosas y mis libros cabían en la batea de una troca dejando espacio de sobra. Empacaba, movíamos las cosas y desempacaba. Y siempre que me movía era para mejorar: para compartir con amigos, para encontrar algo mejor y más barato, para vivir solo y poder invitar a mi novia al departamento. No resentía la diferencia de zona o de colonia porque en aquellos años no tenía apego al vecindario sino a la ciudad: todo Monterrey era mi casa. Además, vivir solo es vivir ligero, y no había nadie con quién concertar mis decisiones.

Solo hasta que llegó el tiempo de las parejas estables las cosas dejaron de ser tan simples. Los motivos cambiaron y cada movimiento había que platicarlo hasta lograr un consenso. Primero hubo que buscar un departamento adecuado en una colonia “decente”. Luego, ante el fracaso de la pareja y la separación, un refugio para “escapar”, sin poner demasiadas trabas al tamaño, al rumbo, al

Desde que comencé a ser lector, mi mayor sueño fue formar una biblioteca personal que contuviera todos los libros que me interesaban. A eso he dedicado gran parte de mis recursos a lo largo de la vida.

barrio. De nuevo a vivir ligero, sin dar cuentas a nadie. Otra vez traslados fáciles, aunque mis cosas y mis libros ya empezaban a atestar la caja de una pick up o tal vez había que realizar dos viajes. Otra pareja varios años y otro “refugio” cuando sobrevino una nueva separación. Si dejaba de lado la cuestión emocional, los movimientos seguían siendo sencillos.

Volví a cambiar de ciudad. Esta vez fue a la capital del país. Otro clima, otra comida, otra cultura, otro tipo de gente, otra pareja estable. Supongo que la edad influye para que cueste trabajo adaptarse. Tenía ya treinta y cinco y, tras toda una vida en el norte, llegar a una urbe monstruosa donde hay días fríos en pleno agosto, donde el acento norteño hace creer a los demás que uno está enojado o quiere agredirlos, donde los otros no respetan nuestro “espacio vital” y siempre hay alguien a centímetros de nosotros (en la barra de un café, por ejemplo, aunque todos los asientos estén vacíos el recién llegado se sienta junto a uno), donde la mayor parte de los

alimentos se basan en masas de maíz, puede provocar un verdadero choque cultural. Aunque la mudanza no representó problema alguno, el periodo de adaptación fue largo y complicado. Además, en esa ocasión llegué a vivir a una residencia ya amueblada y mi biblioteca, que ya era considerable por entonces, tuvo problemas para acomodarse.

Desde que comencé a ser lector, mi mayor sueño fue formar una biblioteca personal que contuviera todos los libros que me interesaban. A eso he dedicado gran parte de mis recursos a lo largo de la vida. No acumulo otras cosas, tan solo libros. Y como en algunas de las mudanzas –sobre todo, tras vivir en pareja– he tenido que dejar parte de ella en el domicilio que abandono, muchos de ellos los he comprado más de una vez. ¿Que ya los leí? No importa, es preciso tenerlos. ¿Por qué? Difícil de explicar: se trata de una compulsión. Una compulsión que, si hubiera sabido las veces que me iba a mudar, tal vez debí haber tratado de reprimir hace mucho tiempo. Sin embargo, sigo compran-

do por lo menos un volumen cada que salgo de casa. Es inevitable.

Como permanecí en el mismo domicilio más de una década –mi récord– llegó un momento en el que ya me sentía cómodo en la Ciudad de México. Antes nunca había durado tanto en un mismo domicilio, no tenía idea de lo que se puede acumular en tantos años. Aun si uno tiene pocos muebles, además de los libros se juntan infinidad de papeles, adornos, aparatos, objetos personales, cuadernos escritos, ropa y mil cosas más sin que uno se dé cuenta. Solo se advierte con claridad esa inmensa cantidad de artículos en el instante en que hay que salir a buscar otro refugio.

Mis últimas dos mudanzas –en el interior de la Ciudad de México– fueron arduas. La primera de ellas fue por necesidad: mi pareja y yo necesitábamos con urgencia un sitio más amplio, pues mi departamento era pequeño, para una sola persona, y ella vino a compartirlo conmigo cuando inició la pandemia. El cambio fue en la misma manzana, a unos cien metros de distancia entre puerta y puerta, aunque fuera en una calle distinta. Ni siquiera hubo necesidad de utilizar un camión. Todo se trasladó con “diablitos” sin cambiar de acera. Con los muebles no hubo proble-

ma, pero los libros... No sé cuántos viajes se tuvieron que hacer con el “diablito” cargado de volúmenes –no usamos cajas– que, en pilas, pronto cubrieron todo el piso de la sala y el comedor en la nueva casa. Tuvo que pasar casi un mes para que acabáramos de colocarlos en sus estantes. Tal vez fue esa la primera vez que contemplé la biblioteca con cierta aprehensión. Antes solo la había visto con orgullo. Sin embargo, al quedar en los libreros, la aprehensión se esfumó y pude adaptarme a la nueva casa sin dificultad.

Y llegó la última mudanza, la más reciente. Esta vez los motivos fueron económicos. Debido a la famosa gentrificación que azota desde hace unos años a ciertas colonias de la capital, la compañía que nos alquilaba la casa decidió subir la renta a un precio que simplemente no podíamos pagar, y hubo que buscar otro sitio. Y esta vez sí tuvimos que contratar un camión grande, con varios cargadores. Cambio de colonia, cambio de barrio, cambio de ambiente. Y la biblioteca... Desde que metíamos los libros en cajas, advertí que su número había crecido de modo exponencial. Pero ¿cómo? Si en el domicilio anterior habíamos vivido tan solo poco más de dos años. ¿Por qué tantos? Claro, hay que tomar en cuenta que mi

¿Cuántos
alcanzaré a leer en
lo que me resta de
vida? ¿La mitad?
Tal vez.

pareja es lectora y tiene también una buena cantidad. En la amplitud del nuevo espacio distribuimos fácil los muebles y otras cosas. No obstante, para los libros hubo que mandar hacer varios libreros, pues los que teníamos resultaron insuficientes.

Mientras los ordenaba, me vino a la memoria un ensayo del escritor argentino Abelardo Castillo en el que dice que, al revisar los volúmenes de su biblioteca, se dio cuenta de que jamás iba a tener tiempo de leerlos completos. El autor tenía cincuenta años, y calculó que, viviera lo que viviera, ya no leería la cantidad de páginas que leyó en su juventud. Me pregunté algo semejante: ¿cuántos alcanzaré a leer en lo que me resta de vida? ¿La mitad? Tal vez. Y el resto... ¿fue un desperdicio de dinero no más? Entonces recordé que un maestro de la facultad afirmaba: Toda biblioteca es un proyecto de lectura. Tenía razón. Ese mismo maestro decía entonces que estaba leyendo libros que había comprado hacía veinte o veinticinco años. Lo mismo me pasa a mí. Y, sin embargo, continúo adquirién-

dolos, además de los que me regalan los promotores de las editoriales y los escritores y poetas jóvenes.

Ahora, recién cambiado de residencia y con la biblioteca al fin montada, cada vez que busco un libro específico soy presa de un tenue desasosiego al recorrer los estantes. Repaso los títulos y, por cada cinco que recorro, hay dos que no he leído, quizá tres. Claro, junto a ese tenue desasosiego también está la satisfacción de “poseer” el volumen que busco y la gran posibilidad de lecturas nuevas que se ofrecen ante mí. A veces, tras repasar lo que contiene un solo librero, llevo a mi escritorio cuatro o cinco volúmenes, de los que termino leyendo a corto plazo uno

o dos, y durante las siguientes semanas los regreso todos a su lugar. Y cuando pienso que tengo demasiados, recuerdo las míticas bibliotecas de Alí Chumacero o de Carlos Monsiváis y me digo, con cierta decepción, que la mía no les llega ni a los estantes inferiores. Mucho menos a la de alguien como Alfonso Reyes, cuya biblioteca escuché una vez que contenía unos ochenta mil volúmenes. Es en esos momentos que me entra el prurito de ir a la librería o encargar los títulos recién publicados que me llamaron la atención.

“Yo que me imaginaba el paraíso en la forma de una biblioteca”, dijo más o menos Jorge Luis Borges. Yo no coincidí de modo exacto con él,

aunque casi estoy de acuerdo. Desde mi humilde punto de vista, no hay sensación que se asemeje a la de pasear la vista por los libreros propios, estirar el brazo y extraer de cualquier fila el título que nos acaba de atraer de manera urgente. Pero cuidado: si llega de nuevo la necesidad de mudarse de casa –y llegará, eso es casi seguro–, ese paraíso borgeano, la biblioteca, tendrá que ser empacado en cajas, trasladado por cargadores profesionales a un camión, bajado en el nuevo domicilio y organizado en un nuevo espacio –si es que hay espacio para ella–, y esa sensación, lo comprobé las últimas veces, tiene muchos matices infernales.

“Yo que me imaginaba el paraíso en la forma de una biblioteca”, dijo más o menos Jorge Luis Borges.